

Homenaje a Ivan

Daniel Divano

Encuentro imposible poder realizar un escrito que logre homenajear a Iván con justicia y en toda su plenitud, después de haberlo conocido por más de treinta y tres años.

Alguna vez, en nuestros encuentros semanales, solía decirle lo que sentía: *"Iván, vos no tenés 80 años, tenés 160, porque cada año lo viviste por dos"*; mi comentario venía como consecuencia de escuchar las innumerables anécdotas de su caminar con Dios, en tantos lugares, con tantas personas y en tan diferentes circunstancias.

Iván dormía poco, oraba mucho, leía y meditaba las Escrituras muchísimo y predicaba más. Su pasión por estar con los hermanos era incansable; siempre compartiendo del Señor, siempre ayudando, animando, aconsejando, bendiciendo. No había otro tema que le interesara de verdad fuera del reino de Dios y su justicia.

Creo, sinceramente, que el verdadero homenaje que Iván merece lo recibió en el cielo, porque sólo en esa dimensión se pudo percibir el grado de consagración, de pasión, de amor por el Señor, por la iglesia y por los perdidos que él tuvo.

"Cuidate bien de que te aplaudan cuando llegues al cielo y no en la tierra; porque si te aplauden aquí y no te aplauden allí, estas en un gran problema"- me dijo un día despertando de esos momentos de ausencia que solía tener en los últimos años a causa de su enfermedad, mirándome fijo con esos ojos celestes, transparentes, que parecían hacer penetrar aún más las palabras.

Así era Iván, interesado en agradar solo a Dios, en que Él se lleve toda la gloria, nunca buscó la gloria de los hombres; y estoy seguro que fue recibido en el cielo con un fuerte aplauso.

En los últimos cinco ó seis años ya no podíamos contar con él para resolver problemas domésticos entre hermanos, era como que estaba viviendo en otra dimensión. Por respeto escuchaba los planteos pero luego sus comentarios se enfocaban hacia la persona de Cristo. Sus temas constantes eran la santidad (apartarse del mundo, orar, leer las Escrituras y predicar a Cristo), la segunda venida del Señor y especialmente la lectura de Apocalipsis, que tanto nos recomendó y enriqueció.

El último día de su vida, pocas horas antes de partir con el Señor, con total lucidez y sin ninguna señal del desenlace final, estuvimos los dos solos orando, leyendo Apocalipsis y compartiendo algunos pensamientos. Una de las últimas cosas que me dijo, y creo que es un mensaje para la iglesia de hoy, fue que deberíamos considerar las cartas del Señor a las siete iglesias de Asia como una revelación de cómo son los juicios de Dios a la Iglesia, prestando especial atención a los requerimientos de cambios que Dios demanda.

Los que estábamos más cerca de él, extrañamos muchísimo su compañía y amistad; quizás ahora podemos entender mejor lo que sintieron los discípulos del Señor, al ver absortos y anonadados como Jesús era llevado al cielo en una nube y apartados de

ellos. ¡Qué sensación de vacío, de desconsuelo, de desamparo que se experimenta! El Padre tuvo que enviar a dos ángeles para consolarlos.

Pasados los días, cuando más notamos su ausencia, nos sentimos consolados con la esperanza de saber la gloria que él está disfrutando en la presencia del Señor y desafiados a imitar su ejemplo de vida, viviendo sus enseñanzas. Seguramente que esa será la mejor manera de honrarlo.

Daniel N. Divano
divanodn@tutopia.com